

tar la formación y la carrera académicas de Montero Díaz conjuntamente con sus convicciones ideológicas y su trayectoria política, y no separadas en sendos epígrafes, lo que produce una cierta reiteración. Otra posible puntualización es historiográfica, pues ciertos aspectos mencionados en esta primera parte hubiesen precisado de un tratamiento más profundo: la problemática del origen del fascismo a partir del marxismo, como muestra el propio caso de Santiago Montero Díaz –y que sólo es mencionado, junto a una única referencia bibliográfica, correspondiente a un trabajo de Zeev Sternhell–, el tema del lugar de la Universidad, y la juventud universitaria, en los movimientos y los regímenes fascistas –tampoco se hace referencia a sendas monografías sobre la universidades de Murcia y de Madrid durante los primeros años de la dictadura franquista, en las que Santiago Montero Díaz fue decano y catedrático–, y apenas se reflexiona sobre el carácter de la oposición universitaria a la dictadura en España, a excepción del breve tratamiento de los sucesos de 1965. Pero, sobre todo, la indagación sobre el personaje hubiera permitido una interesante reflexión teórica sobre la noción de intelectualidad, su lugar en el campo cultural y la apertura de «espacios libres», también en la Universidad. Este estudio preliminar ilustra, así, las indudables ventajas, pero también los consecuentes riesgos, del reto pluridisciplinar.

Francisco Sevillano Calero  
Universidad de Alicante

LAPIED, Martine y PEYRARD, Christine (dirs.), *La Révolution française au carrefour des recherches*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2003.

Este volumen contiene las actas del coloquio internacional de octubre 2001 *La Révolution française au carrefour des recherches*, el más importante publicado hasta el momento sobre el estado historiográfico de la Revolución tras el bicentenario de 1989. En total, incluye veintidós trabajos organizados en seis secciones, en el orden siguiente: historia económica, historia social, historia política, historia de la cultura y las opiniones, historia de las mujeres y, por último, imágenes e historia. Cada sección se inicia con un ensayo general sobre su evolución historiográfica desde 1989, al que sigue dos o tres artículos sobre problemas más concretos y casos empíricos. Los temas que estos últimos tratan son: instituciones y representaciones de la vida económica (J.-P. Hirsch y M. Oliveira), subsistencia y comercio de cereales (J. Miller), la desamortización (B. Bodinier y E. Teyssier), la Revolución y las colonias francesas (F. Gauthier), la historiografía española sobre la Revolución (L. Roura), los estudios sobre el jacobinismo en Francia e Italia (A. Rao), las elecciones revolucionarias (M. Crook), el conflicto federalista en la villa de Aubagne (D. Sutherland), arte social y la república (J. Guilhaumou y R. Monnier), la interpretación religiosa de la Revolución (R. Bertrand), los concursos artísticos del Año II (A. Jourdan), los derechos de las mujeres (D. Godineau), la visibilidad de las mujeres durante la Revolución (M. Lapied), un estudio

comparativo de los escritos públicos y políticos de mujeres en Francia e Italia (L. Pisano), la representación televisiva de Robespierre (M. Crivello) y el análisis de un boceto de Jacques Réattu para su cuadro *Prométhée* (C. Badet).

Frente a la lectura lineal por secciones, esta reseña propone una aproximación menos convencional –yendo sobre todo a través de los ensayos historiográficos–, lo que revela la organización del volumen como un modelo (invertido) de infraestructura-superestructura –de la economía a las imágenes– y su perspectiva evolucionista –al ordenar los temas de clásicos a recientes. El volumen se abre con el prefacio de Michel Vovelle, quien sostiene que la Revolución –al menos, la de los historiadores– no ha terminado, y sitúa al binomio mentalidades-cultura como la más importante contribución historiográfica tras el bicentenario, mientras que la «revolución» de François Furet sí parece haber terminado. Su final no es sinónimo de un retorno a la historiografía clásica de la Revolución –sobre todo al modelo de Albert Soboul–, sino un intento de renovación de la historia económica y social. Para Vovelle, el volumen constituye una buena prueba de esa renovación –desempeñando un rol destacado la teoría de la esfera pública de Jürgen Habermas–, así como también de la explosión de la historia política –incluyendo la contribución del análisis del discurso–, la ampliación temática y espacial de la historiografía y el creciente interés sobre el Directorio.

En su ensayo historiográfico sobre la historia económica de la Revolu-

ción francesa, Gerard Béaur sostiene que, en efecto, la investigación ha disminuido ostensiblemente; si bien, es el enfoque (y no el campo) lo que ha envejecido. Uno de los cambios más notables ha sido la reducción de la escala de análisis, de modo que la economía resulta ahora más dinámica que la estática *longue durée*. La investigación tras 1989 ha cuestionado el surgimiento del liberalismo y, también, del capitalismo –la tesis del retraso capitalista francés frente a Inglaterra tiene ya escasos seguidores. Sobre la desamortización, los nuevos trabajos revelan cómo benefició al campesinado, aunque sin generar un cambio social radical, pues, al contrario, perpetuó la *fermocratie* («gran-jacracia»). Finalmente, un impulso destacado proviene de la revisión del modelo de Labrousse sobre las crisis del Antiguo Régimen y de 1789, imponiéndose la tesis opuesta (a la Alexis de Tocqueville) al insistirse en la continuidad entre el Antiguo Régimen y la Revolución.

La historia social, según Guy Lemarchand, no ha sido tampoco un área de investigación muy activa, siendo el enfoque predominante la ausencia de un cambio social profundo causado por la Revolución –domina aquí también la tesis tocquevilliana. Esto se observa en los trabajos sobre la burguesía, los sectores populares urbanos y la nobleza; si bien, la situación es algo diferente para el campesinado. Para Lemarchand, sólo el tema de las relaciones sociales ha producido resultados significativos, en especial sobre los problemas sociales, conflictos civiles, criminalidad, asistencia y represión. El tema clave ‘alineamiento político-pertenencia

social' rechaza actualmente vínculos directos, en favor de la multiplicidad de factores.

Dada su importancia y complejidad durante la Revolución, Françoise Brunel sostiene que la historia política siempre ha figurado en la agenda historiográfica. Su ensayo lo divide en actores, la Revolución a la obra, y las apuestas, conflictos y tensiones. Tras 1989, la investigación sobre los actores ha confirmado la importancia de otras influencias intelectuales –particularmente, del jansenismo y del republicanismo (clásico)– en la creación de la cultura política revolucionaria y, también, ha demostrado el carácter construido de las identidades políticas y la acción de grupos como los *philanthropes* y los diputados de la Asamblea Nacional. En cuanto a la Revolución a la obra, el interés se ha concentrado sobre la sociabilidad política, las elecciones y los procesos electorales, la revolución de la prensa y el rol de mediadores, portavoces locales y vehículos de aculturación. En el apartado las apuestas, conflictos y tensiones se mencionan los nuevos trabajos sobre la contra-revolución –ahora considerada una verdadera alternativa más que un simple epifenómeno–, discursos sobre la ciudadanía, la articulación entre nacionalismo y patriotismo, el Terror –cuya importancia explicativa se mantiene– y los conflictos durante –el federalismo– y después del mismo –el Terror blanco y la reacción realista. Como Brunel señala, otro avance manifiesto concierne al Directorio; su revisión rechaza las interpretaciones previas de un período de caos político, financiero y económico, la cual está contribuyendo a repensar Brumario y

cuestionar nuevamente la cronología de la Revolución.

Desde 1989, la historia de la cultura y las opiniones, como acertadamente defiende Rolf Reichardt, ha sido la parcela investigadora más productiva, sufriendo, por el contrario, lo que podríamos denominar el «problema de indefinición»: el uso y abuso del concepto cultura sin explicitar una definición. Su propuesta –entender la cultura como un sistema semiótico basado en comunicación multimedia– intenta problematizar (y en último término descartar) el enfoque de la cultura política imperante durante el bicentenario. Para él, 'opinión' es otro concepto angular del bicentenario que debe ser reformulado, debido a la reinterpretación de la teoría de la esfera pública de Habermas como un espacio plural de opiniones, que no de opinión. (Obsérvese que Reichardt no rechaza ambos conceptos sino sólo los enfoques previos.) La investigación reciente ha prestado atención particular a la instrucción pública, la pedagogía republicana, el lenguaje y la *parole*. También, en lo simbólico, ha analizado el cuerpo, además de los nombres y calendario revolucionarios, para confirmar cómo la cultura política se desarrolló como un lenguaje de signos que buscó transformar el universo mental de la población. Por su parte, la investigación sobre –lo que él llama– los factores mediáticos de las opiniones ha enfatizado la esfera no-escrita de la cultura, presente en trabajos sobre la música, canciones, dibujos, estampas, caricaturas, libros, panfletos y la prensa. Pese a su fragmentación, cantidad y alcance, la historia de la

cultura y las opiniones ofrece, a juicio de Reichardt, el mejor marco para una *historie totale* de la Revolución.

Centrándose en la historia de las mujeres producida en Francia y Estados Unidos, Lynn Hunt sostiene que la investigación realizada en los últimos diez años ha cuestionado seriamente –al menos en esta área– el paradigma predominante durante el bicentenario: el «relato del declive» asociado principalmente con Furet. Asimismo, advierte la actual convergencia en los temas y, sobre todo, en el enfoque de ambas historiografías nacionales. Previa a la convergencia, la historiografía estadounidense se caracterizó por su uso de la teoría de la esfera pública de Habermas, junto a la tesis de Joan Landes sobre el impacto negativo de la Ilustración y la Revolución sobre las mujeres, mientras que su homóloga francesa siguió el modelo marxista de Dominique Godineau. Sin embargo, el panorama está cambiando. Particularmente en el caso de la primera, la historia de las mujeres está moviéndose del relato negativo anterior a uno positivo y buscando resolver el interrogante sobre qué en la Ilustración y la Revolución fue nuevo para ellas. Centrando su atención en mujeres comunes, las monografías más recientes las muestran defendiendo la diferencia sexual y, además, confirman su creciente visibilidad y roles a partir de mediados del siglo XVIII. Por tanto, Hunt concluye que el «relato de la apertura» sobre las mujeres ha sido redescubierto y que, como resultado, podría generar un nuevo giro (positivo) en la percepción de la Revolución por parte de la historiografía estadounidense.

En su ensayo para la sección imágenes e historia, Bernard Cousin analiza el uso explicativo de las imágenes en la historiografía a partir de la década de 1960. Salvo por su empleo en la investigación sobre arte pictórico, las imágenes se utilizaron tan sólo para ilustrar o apoyar narrativas. De ahí que su historiografía sea corta y su sometimiento al documento escrito haya sido largo y no definitivamente roto. Después de 1989, el punto de mira investigador se ha dirigido hacia las imágenes del rey y su cambiante representación y hacia las imágenes de provincias y europeas sobre la Revolución. Otras imágenes (poco habituales) que atraen asimismo interés son las cinematográficas y las televisivas. Aunque Internet no se menciona, resulta difícil dudar que este ensayo –y, de hecho, otros en el futuro– pueda obviar su impacto en estos momentos en el método histórico.

En su conjunto, las veintidós contribuciones del volumen dan buena cuenta de la ‘de-parisación’ revolucionaria, a saber, la perspectiva que cuestiona empíricamente el ‘Paris-centrismo’ de la Revolución francesa –la contribución en este punto de un bicentenario orientado nacionalmente resulta ahora obvia. En efecto, la convergencia de la investigación sobre las provincias y París es más manifiesta que nunca y la articulación de la Revolución –y no simplemente su expansión– en Europa, el Mediterráneo y las colonias francesas es ya una firme premisa (Sin embargo, no se incluye ninguna referencia a dicha articulación con la América colonial portuguesa y española). Las implicaciones teóricas del volumen son incluso más importantes. Sin insistir

en la centralidad de la Revolución francesa para evaluar el estado de la investigación histórica, su historiografía se organiza actualmente en base a la cultura, el lenguaje, los actores y el retorno de lo 'social'. Pero, la dicotomía objetivismo-subjetivismo se mantiene viva. Ahora bien, las estructuras, por una parte, se han convertido en formas más flexibles y orgánicas –frecuentemente llamadas esferas–, mientras que los actores, por otra parte, negocian el condicionamiento externo por medio de las prácticas. En otras palabras, la historiografía no se desplaza más allá de un modelo explicativo de lo histórico en el que la acción ocurre en el espacio de mediación (encarnado por las estructuras, la cultura o el discurso) relacional entre los seres humanos y su condicionamiento externo. La ecuación de explicación histórica sigue combinando los mismos factores (lo social, lo político, la acción racional, entre otros) y, en ciertos aspectos, practicando el determinismo. En este volumen, sin embargo, se insinúa una –todavía incipiente– línea de investigación sobre el estatus ontológico de esos factores, es decir, sobre su materialización histórica y su posterior institución científica. Una línea que promete nuevos debates historiográficos y podría, además, proveer a los historiadores con un nuevo modelo de ocurrencia de lo histórico. De ahí que este volumen interese no sólo a las y los seguidores de la historiografía de la Revolución francesa, sino también de los debates actuales en ciencias sociales.

Álvaro Santana-Acuña  
*Universidad de La Laguna*

VILAR, Mar, *Docentes, traductores e intérpretes de la lengua inglesa en la España del siglo XIX: Juan Calderón, los hermanos Usoz y Pascual de Gayangos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004.

Es probable que el título de este libro disuada a los historiadores. A primera vista da la impresión de que se trata de un trabajo dedicado a la Filología y así es, en efecto, con la añadidura de que su autora es profesora de Filología Inglesa en la Universidad de Murcia. Por lo demás, deja clara su intención en el primer párrafo: mostrar cómo se produjo el despegue de la lengua inglesa en España durante la primera mitad del siglo XIX. Así pues, entra de lleno en el campo de especialidad de la autora. Pero si se prosigue la lectura, enseguida se comprueba que se trata de una aportación muy sobresaliente a la historia de la cultura de la España de ese tiempo y esto constituye asunto central para el historiador. Más aún si se tiene en cuenta que la mayor parte de los temas abordados en este volumen son poco conocidos. Resulta, en consecuencia –y ésta es conclusión que conviene destacar desde el inicio– que este libro proporciona nuevos conocimientos sobre la España del siglo XIX, condición exigible, ante todo, a un buen libro de historia.

La autora, por lo demás, sigue en buena medida el método de trabajo del historiador: analiza un conjunto de documentos (la mayor parte de ellos inéditos, procedentes de archivos británicos y poco o nada utilizados hasta ahora por la historiografía) y ofrece interesantes interpretaciones sobre la actuación de un grupo de